

Recuperación de la Vega de la Comunidad Indígena Atacameña de Ayquina-Turi:

PROTECCIÓN ECO CULTURAL

Por Juan Pablo González Soto¹

La ejecución de proyectos que lidera CONAF, con apoyo del Programa Orígenes, buscan valorizar el saber tradicional, aportar al conocimiento del manejo de vegas y recuperar el paisaje natural y cultural de ecosistemas altoandinos presentes en la Región de Antofagasta.



Distante a 75 kilómetros al este de la ciudad de Calama y sobre los tres mil metros sobre el nivel del mar, se encuentra la Comunidad Indígena Atacameña de Ayquina – Turi. A unos 7 kilómetros de Ayquina, está Turi, una pequeña aldea de agricultores y pastores atacameños, ubicada junto a una zona conocida como la “Vega de Turi”, considerada como el principal foco forrajero de la región y reservorio de una amplia fauna natural donde habitan, guallatas, suris, parinas, pato real, entre otros. Posee una superficie que alcanza las 850 hectáreas, sector que se caracteriza por presentar un clima de altura, con alta radiación, presencia de vientos y una alta oscilación térmica durante el día (Invierno: Min: -10°C; Máx: 20°C – Verano: Min: 0°C; Máx: 27°C).

Las precipitaciones se registran en el periodo estival (enero-marzo) y según los lugareños, en las últimas tres décadas han sido más bien escasas. Su hábitat permite el crecimiento de diversos tipos de pastos como *Carex*

¹Coordinador CONAF-Orígenes. Región de Antofagasta

marítima var. Misera, C. Gayana, Scripus (Phylloscirpus) acaulis, S. Macrolepis, Eleocharis albibracteata, E. Tucumanensis, Juncus depauperatus, J. Articus,, los que sirven como alimento para algunos camélidos, ovinos, caprinos y en general para el ganado doméstico del lugar. La Comunidad de Ayquina – Turi cuenta con 12 familias dedicadas a la agricultura, ganadería y pastoreo.

Don Félix, antiguo integrante de la comunidad, hoy con 75 años a cuestas, relata que su familia, poseía terrenos de cultivo en Ayquina, en Turi y en Panire. Agrega que prácticamente se crió realizando el trabajo de arriero junto a sus padres y hermanos, además de cultivar maíz, trigo, alfalfa, habas y cuidar los asnos que transportaban la yareta y otras especies vegetales hasta Calama y Chuquicamata.

Recuerda con nostalgia que su abuelo materno, incluso, llegó a tener más de mil cabezas de Llamos y Alpacas, que pastoreaba en las Vegas de Turi. *“Eran otros tiempos, hoy la vegetación escasea al igual que el agua. Ese paraíso que conocí cuando niño poco a poco comienza a desaparecer, afectando no sólo la natural belleza del lugar, sino que también la vida de los animales que pastorean en él, y de paso, la subsistencia de nuestra comunidad”,* reconoce.

El relato melancólico de don Félix tiene sus motivos. Por mucho tiempo, factores como; los procesos de drenaje de la napa subterránea por parte de la minería; la canalización uniforme para abastecer la agricultura de la comunidad en época de sequía; el pastoreo continuo, el cual ocasiona la compactación del suelo y de la capa orgánica por pisoteo; el ganado mixto y el sobre pastoreo, con la consiguiente competencia por alimento que hace que las plantas sean consumidas antes de que completen su ciclo reproductivo; y la habilitación agrícola, el cual ocasiona el agotamiento definitivo del suelo y su desaparición; llevaron a muchos sectores con presencia de vega a un continuo deterioro que, de no ser revertido oportunamente, llevarán a la desaparición definitiva de este tipo de ecosistema, presente en el territorio indígena denominado Alto El Loa.

Por lo mismo, se hacía urgente apoyar la restauración, la conservación y el uso de estos espacios ecoculturales mediante la combinación del conocimiento ancestral indígena y la visión técnica no indígena actual para la recuperación, uso sustentable y manejo de los recursos naturales presentes en la vega. En base a lo anterior la Comunidad Indígena Atacameña de Ayquina – Turi vio en CONAF un socio estratégico, dada su expertiz en el manejo de los recursos naturales y el trabajo con comunidades indígenas dentro del territorio.

Identidad Cultural

Fue así como a través de un proyecto, que se enmarcó en la línea de “Identidad Cultural” del Modelo Ambiental Intercultural Andino² (MAIA) de CONAF, se visualizó la necesidad de implementar fórmulas que permitieran en el corto plazo restaurar y revertir el avanzado deterioro tanto desde el punto de vista cultural como productivo y donde el objetivo final fijado, fue recuperar la superficie disponible de la vega en un 50% de su extensión total para el uso de la Comunidad (425 hectáreas aproximadamente),

a través del mejoramiento de sus regadíos, recuperando con ello, los niveles de vegetación y humedad que ha existido tradicionalmente en la zona. De esta manera se busca retroceder el constante deterioro, que producto del bajo nivel de precipitaciones ha existido en el último tiempo.

Manos a la obra, la primera labor fue el trabajo con la Comunidad, a través de reuniones y encuestas semiestructuradas, dirigida a los comuneros/as más antiguos/as de la Comunidad, donde la idea fue conocer como se trabajaba la vega antiguamente. Las respuestas fueron variadas, y al sistematizarlas se pudo llegar a la siguiente conclusión, *“antiguamente las vegas recibían cuidados especiales de parte de los pobladores con el fin de maximizar sus pastos, los cuales eran regados con aguas provenientes de los baños de Turi, a través de distintos canales de regadío, canales que fueron inutilizados, unificando la canalización para abastecer la agricultura del sector, debido a la escasez de precipitaciones en las últimas tres décadas”*.

La segunda labor fue recuperar los antiguos canales de regadío, pero de una manera distinta, la idea era abarcar la mayor superficie posible, por lo que se diseñó una verdadera “espinas de pescado” en forma de Z. Una vez terminada la recuperación de los canales de regadío la siguiente etapa debió haber sido la irrigación de estos canales, sin embargo previo al comienzo de ésta, y como lo establece la tradición indígena, se procedió al pago a la Pachamama o Madre tierra, con hojas de coca, vino y harina tostada, se agradeció y pidió por el logro de los resultados esperados a los cerros, a los antepasados y almas benditas que ya no están y que dejaron estas tradiciones, rogándoles para que el trabajo ha realizarse se llevara a cabo con éxito. Fue así como los riegos comenzaron el 18 de mayo del 2008 y donde el desafío de regar en época invernal, con temperaturas mínimas que pueden llegar hasta 10° bajo cero no era fácil.

Durante el mes de septiembre de 2008, el número de hectáreas recuperadas, solamente por concepto de riego sobrepasaban las 25 hectáreas, este éxito solo se pudo traducir en el apoyo y la permanente colaboración de toda la Comunidad.

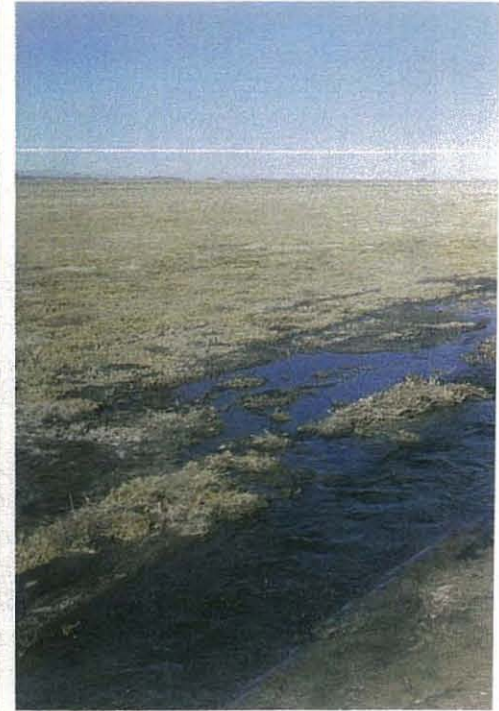
La tercera labor fue cercar una hectárea que impidiera el paso de corderos, llamas, cabras y otros animales que abundan en el sector, lo que permitió medir los avances de la intervención que se estaba realizando con los/las comuneros/as y el acompañamiento técnico de CONAF, esto fue, establecer un área que permitiera realizar comparaciones entre el incremento de la vegetación y mejora de la cubierta vegetal con aquellos sectores que no se intervinieron. Ya transcurrido un tiempo desde que se cercó el lugar (octubre 2008), las diferencias entre el antes y el después de la ejecución del proyecto quedan a la vista. La Comunidad, los lugareños, los visitantes y técnicos de CONAF que llegan a diario al lugar podían ver y constatar la belleza y los innegables efectos positivos que trae la recuperación del sitio.

“Se nota el cambio. Hace un año este sector sólo era desierto o arena. Hoy incluso, además de la vegetación existente, podemos recoger de ella, la semilla que brota naturalmente. La idea es aprovecharla para seguir recuperando otras hectáreas

²El MAIA es un modelo conceptual y práctico de trabajo que recoge la visión integral andina, y que combina la producción, el medioambiente y la cultura. En él se combinan los conocimientos ancestrales con la visión técnica no indígena actual para el uso y manejo de los recursos naturales del territorio.



Estado inicial de la Vega



Canales de regadío recuperados

a través de otros proyectos”, explica el Presidente de la Comunidad Atacameña de Ayquina-Turi, Adrián Berna.

Avanza la recuperación

A casi un año de iniciado el proyecto, ya se recuperaron más de 70 hectáreas de un total de 850 que tiene de extensión la Vega de Turi. lo cual se ha logrado con técnicas que han combinado los conocimientos ancestrales de la Comunidad y la experiencia de CONAF, algo único en el país. Más allá de lo visual y la connotación cultural que la Comunidad da al lugar, la recuperación de la vega en superficies mayores, implica ahora una mayor disponibilidad de forraje para el ganado doméstico, lo que repercute de forma directa en una mejora de los ingresos familiares.

La sustentabilidad de la recuperación de la vega está dada por el conocimiento adquirido y las prácticas futuras que la Comunidad realice sobre este frágil espacio eco-cultural, por lo que en este contexto, también se ha capacitado a la Comunidad en la utilización de instrumentos de medición de temperatura, humedad y caudal: además del catastro vegetacional existente. Esto, a objeto que sean ellos quienes continúe con el manejo cuando CONAF ya no se encuentre presente, como lo ha hecho desde que se inició el proyecto.

Potencial forrajero

Para nadie es un misterio que la existencia de habitantes en estas zonas desérticas se relaciona íntimamente con el potencial forrajero que originalmente le permitió dedicarse a la ganadería de camélidos, especialmente de Llamas y Alpacas. Las vegas, representan entonces un ecosistema apropiado para el refugio de estos camélidos, por lo que una limitada o nula existencia de

ellas sería la creciente pérdida de la base del desarrollo económico que ha brindado la naturaleza a la población indígena presente, como también el reemplazo de los ciclos de vida que en ellos se desarrollan, por la soledad de inmensas extensiones de tierra, improductivas y muchas veces despobladas.

La recuperación de la vega aparece como un hecho fundamental para el desarrollo de la Comunidad. No sólo por lo cultural, sino también por que es el principal foco forrajero de la zona que, de seguir recuperándose, proyectaría un mejor futuro para la ganadería del sector y en consecuencia para la Comunidad.

Un elemento relevante a tener siempre en cuenta, es la afluencia excesiva de animales en algunos sectores de la vega, lo que reconocido como un problema de la Comunidad, ha permitido que con CONAF visualice - la necesidad de un diseño de rotación del ganado, trabajo que comenzará a implementarse de manera piloto en el corto plazo en el lugar. Así se seguirá aportando de manera significativa a la recuperación del paisaje natural y cultural de uno de los grandes ecosistemas presentes en la Región de Antofagasta.

Junto con los factores antrópicos que han deteriorado la Vega de Turi, el Chululo (*Ctenomys sp.*), roedor nativo, de orejas cortas y grises, que construye profundas galerías en el subsuelo del sector, donde duerme, que almacena grandes cantidades de alimento, que se procrea a una alta tasa, cubriendo grandes espacios de terreno con su presencia y se oculta de sus depredadores en madrigueras de hasta 60 centímetros de profundidad, provoca efectos devastadores al ser su “bocadillo” predilecto; las raíces, bulbos, tallos, frutos y semillas de la vegetación presente en la vega.

“Este animalito está matando día a día la vega. Es una plaga que no se puede controlar y que lamentablemente no



Estado de la Vega cercada, Nov 2008

nos ayuda en nuestro propósito de recuperar la vegetación del lugar”, se lamenta Adrián Berna. La tarea ahora será en como disminuir la presencia del Chululo a tasas razonables en el mediano y largo plazo, sin embargo, la Comunidad vislumbra que la solución está con toda seguridad en sus depredadores naturales como el Zorro y el Águila, para lo cuál habrá que poner la capacidad técnica y creatividad de CONAF y el conocimiento ancestral de la Comunidad para buscar una solución óptima a este nuevo desafío.

El largo plazo

La meta que persigue tanto CONAF como la Comunidad Indígena Atacameña de Ayquina-Turi en el largo plazo es; un ordenamiento territorial que tome en consideración las características del territorio, valorando los recursos naturales y culturales con el fin de orientar sus posibles usos, estableciendo áreas de ofertas productivas y de prioridades ecológico-culturales, de modo que el uso del territorio sea el más adecuado a sus características, permitiendo además la conservación de los recursos de la cultura andina y de la biodiversidad, traduciendo todo a una mejor calidad de vida de la población que allí habita, es decir, avanzar hacia un desarrollo local, pero con pertenencia. De esta manera, el concepto de ordenamiento territorial, como manifiesta Gross (1998) en su libro “Ordenamiento Territorial: El manejo de los espacios rurales”, implicaría la búsqueda de la disposición correcta, equilibrada y armónica de la interacción de los componentes del territorio.

Muchas veces se plantea la duda acerca de la efectividad que pueden tener los comportamientos individuales y los pequeños cambios de nuestras costumbres cotidianas sobre los macroequilibrios ambientales. Entonces, la destrucción de los ecosistemas, el agotamiento de recursos y la contaminación se

la imputamos fundamentalmente a las grandes industrias, y en el caso las regiones del Norte de Chile a la “gran minería”. Esto, es tal vez una especie de paradigma que nos deja en una cómoda posición como individuos, que permite sentirnos “no responsables” de lo que ocurre a nuestro alrededor, en tanto, consideramos que nuestras acciones para revertir la situación son insignificantes en comparación con aquello que les correspondería a las grandes empresas. Sin embargo, otra es la visión de las Comunidades indígenas. Se sienten responsables de lo que ocurre con la “Pachamama” y la asumen no tan solo en la conciencia, sino que contribuyen con los “pequeños cambios prácticos” que en sus espacios les corresponde. Así, en el compromiso asumido por la Comunidad Atacameña de Ayquina-Turi con la recuperación de la vega, no debe entenderse que es “la recuperación” un fin en sí mismo, sino que su compromiso nace de los valores culturales del “ser” indígena y en cómo se visualiza el territorio. Es entonces un desafío para la sociedad no indígena, avanzar del diagnóstico a sentirse responsable, de sentirse responsable al compromiso, y luego, al cambio cultural y a las acciones concretas en el nivel que nos corresponde.

Por esta razón es necesario tomar medidas que conduzcan a asegurar el apoyo futuro a la Comunidad a través del desarrollo de programas que busquen poner a su disposición el conocimiento técnico actual en pos de mejorar el estado actual de las vegas.

Por otro lado, queda planteada la inquietud sobre la necesidad urgente de pensar en los lineamientos e instrumentos que en un futuro permitirán hacer que estos frágiles ecosistemas se mantengan o mejoren su estado actual, ya que las Comunidades indígenas, igual que la sociedad chilena se plantea un futuro próspero en tanto se tenga un país desarrollado, ellas proyectan sus futuras generaciones si estos espacios existen en condiciones suficientes. ■